NMM	National Minority Movement (Movimiento Nacional de la Minoría).
NUWM	National Unemployed Workers' Movement (Movimiento Nacional de Trabajadores en Paro).
OGPU	Administración Política Unificada del Estado.
PCCh	Partido Comunista Chino.
PCF	Partido Comunista Francés.
PCI	Partido Comunista Italiano.
Profintern	Internacional Sindical Roja.
RSFSR	República Socialista Federativa Soviética de Rusia.
Sovjoz(i)	Granja(s) Soviética(s).
Sovnarjoz(i)	Consejo(s) de Economía Nacional.
Sovnarkom	Consejo de Comisarios del Pueblo.
SPD	Partido Socialdemócrata Alemán.
SR	Socialistas Revolucionarios.
TsIK	Comité Ejecutivo Central.
URSS	Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.
USPD	Partido Socialdemócrata Independiente Alemán.
VAPP	Asociación Panrusa de Escritores Proletarios.
Vesenja	Consejo Supremo de Economía Nacional.
VTsIK	Comité Ejecutivo Central Panruso.

1. Octubre de 1917

La revolución rusa de 1917 constituye un punto decisivo en la historia, y bien puede ser considerada por los futuros historiadores como el mayor acontecimiento del siglo XX. Al igual que la revolución francesa, continuará polarizando las opiniones durante mucho tiempo, siendo exaltada por algunos como un hito en la liberación de la humanidad de la opresión pasada, y denunciada por otros como un crimen y un desastre. Representó el primer desafío abierto al sistema capitalista, que había alcanzado su cenit en Europa a finales del siglo XIX. El hecho de que tuviera lugar en el momento más crítico de la primera guerra mundial, y en parte como resultado de esta guerra, fue más que una coincidencia. La guerra había infligido un golpe mortal al orden capitalista internacional tal y como éste había existido antes de 1914, y había revelado su inestabilidad intrínseca. Se puede pensar en la revolución a la vez como consecuencia y como causa del declinar del capitalismo.

nente rusas. La imponente fachada de la autocracia zarista encubría una economía rural estancada, que había hecho pocos avances sustanciales desde la emancipación de los siervos, y un campesinado hambriento e inquieto. Desde la década de 1860 venían actuando grupos terroristas, con estallidos recurrentes de violencia y represión. En este período tuvo lugar el nacimiento del movimiento *narodnik*, al que sucedería más tarde el Partido Socialista Revolucionario, y cuyo mensaje se dirigía a los campesinos. A partir de 1890, la industrialización comenzó a irrumpir de forma importante en la primitiva economía rusa; y el desarrollo de una clase industrial y financiera de influencia y riqueza crecientes, fuertemente dependiente del capital extranjero, potenció la infiltración de algunas ideas liberales occidentales, que encontraron su más completa expresión en el Partido Kadete (Demócrata Constitucionalista). Pero este proceso se vio acompañado por el crecimiento de un proletariado de obreros fabriles y por los primeros síntomas de conflictividad proletaria; en la década de 1890 tuvieron lugar las primeras huelgas. Estos cambios se reflejaron en la fundación en 1897 de una partido marxista, el Partido Obrero Socialdemócrata Ruso, el partido de Lenin, Martov y Plejanov. El malestar latente surgió a la superficie con las frustraciones y humillaciones de la guerra ruso-japonesa.

La primera revolución rusa de 1905 tuvo un carácter mixto. Fue una revuelta de los liberales y constitucionalistas burgueses contra una autocracia arbitraria y anticuada. Fue una revuelta obrera, desatada por la atrocidad del «domingo sangriento», y que condujo a la elección del primer soviet de diputados obreros de Petersburgo. Fue una extensa revuelta campesina, espontánea y carente de coordinación, a menudo extremadamente cargada de resentimiento y violencia. Estos tres cabos nunca llegaron a entrelazarse, y la revolución fue fácilmente dominada con el coste de algunas concesiones constitucionales, en buena medida irreales. Los mismos factores inspiraron la revolución de febrero de 1917, pero esta vez reforzados y dominados por el cansancio de la guerra y por el descontento general respecto a la forma en que ésta era dirigida. La abdicación del zar era lo único que podía detener la marea de revueltas. La autocracia fue reemplazada por la proclamación de un Gobierno Provisional basado en la autoridad de la Duma. Pero el carácter híbrido de la revolución se hizo una vez más evidente. Al lado del Gobierno Provisional se reconstituyó el soviet de Petrogrado —la capital había cambiado de nombre en 1914— según el modelo de 1905.

La revolución de febrero de 1917 trajo de vuelta a Petrogrado, desde Siberia y desde el exilio en el exterior, a una multitud de revolucionarios anteriormente proscritos. La mayoría de éstos pertenecían a una de las dos ramas —bolchevique y menchevique— del Partido Obrero Socialdemócrata, o al Partido Socialista Revolucionario (SR), y encontraron una plataforma ya dispuesta en el soviet de Petrogrado. El soviet era en cierto sentido un rival del Gobierno Provisional establecido por los partidos constitucionales en la antigua Duma; la expresión «doble poder» fue acuñada para describir esta ambigua situación. Pero la actitud del soviet era mucho menos tajante. El esquema histórico de Marx postulaba dos revoluciones distintas y sucesivas, la burguesa y la socialista. Los miembros del soviet, con pocas excepciones, se contentaban con reconocer en los acontecimientos de febrero la revolución burguesa rusa que establecería un régimen democrático-burgués según el modelo occidental, y posponían la revolución socialista a una fecha futura aún indeterminada. La cooperación con el Gobierno Provisional era la conclusión de este punto de vista, que compartían los dos primeros dirigentes bolcheviques que regresaron a Petrogrado: Kamenev y Stalin.

La dramática llegada de Lenin a Petrogrado a comienzos de abril hizo añicos este precario compromiso. Lenin, en un primer momento casi en solitario incluso entre los bolcheviques, atacó la suposición de que el cataclismo que estaba teniendo lugar en Rusia fuera una revolución burguesa y nada más. El desarrollo de la situación después de la revolución de febrero confirmaría el punto de vista

de Lenin de que aquélla no podía mantenerse dentro de límites burgueses. Lo que siguió al colapso de la autocracia no fue tanto una bifurcación de la autoridad (el «doble poder») como una total dispersión de ésta. El sentimiento común a obreros y campesinos, a la vasta mayoría de la población, era de inmenso alivio ante el alejamiento de un íncubo monstruoso, sentimiento que venía acompañado de un profundo deseo de conducir sus propios asuntos a su manera, y de la convicción de que esto era posible, de un modo u otro, y fundamental. Se trataba de un movimiento de masas inspirado por una ola de inmenso entusiasmo y por visiones utópicas de la emancipación de la humanidad de las cadenas de un poder remoto y despótico, y que no estaba interesado en los principios occidentales de democracia parlamentaria y gobierno constitucional proclamados por el Gobierno Provisional. Se rechazaba tácitamente la noción de autoridad centralizada. Por toda Rusia se extendieron los soviets locales de obreros y campesinos. Algunas ciudades y distritos se autoproclamaron repúblicas soviéticas. Los comités obreros de fábrica se atribuyeron el ejercicio exclusivo de la autoridad en su campo. Los campesinos se apoderaron de la tierra y la repartieron entre ellos. Y todo lo demás se eclipsaba ante la demanda de paz, de poner fin a los horrores de una guerra sangrienta y sin sentido. En las unidades militares, grandes y pequeñas, desde las brigadas hasta las compañías, se eligieron comités de soldados, que a menudo pedían la elección de los oficiales y desafiaban su autoridad. En el frente, los ejércitos abandonaron las duras imposiciones de la disciplina militar, y lentamente comenzaron a desintegrarse. Este movimiento general de revuelta contra la autoridad les parecía a la mayor parte de los bolcheviques un preludio del cumplimiento de sus sueños sobre un nuevo orden social; no tenían ningún deseo de detenerlo ni los medios para ello.

Por tanto, cuando Lenin redefinió el carácter de la revolución en sus famosas «tesis de abril», su diagnóstico mostraba a la vez agudeza y visión de futuro. Describía lo que había sucedido como una revolución en transición

desde su primera etapa, que había dado el poder a la burguesía, a una segunda etapa, que daría el poder a los obreros y a los campesinos pobres. El Gobierno Provisional y los soviets no eran aliados, sino antagonistas que representaban a clases diferentes. El objetivo a la vista no era una república parlamentaria, sino «una república de los soviets de diputados obreros, campesinos y campesinos pobres en todo el país, de abajo arriba». El socialismo no podía ser introducido inmediatamente, claro está. Pero como primer paso los soviets se harían cargo del control de «la producción social y la distribución». A lo largo de las vicisitudes del verano de 1917, Lenin consiguió gradualmente la adhesión de los seguidores de su partido a este programa. El avance en los soviets fue más lento. Cuando en junio se reunió un Congreso Panruso de los Soviets —el primer intento de crear una organización soviética central con un comité ejecutivo permanente—, de un total de más de 800 delegados los socialistas revolucionarios obtuvieron 285, los mencheviques 248 y los bolcheviques tan sólo 105. Fue en esta ocasión cuando Lenin, respondiendo a un desafío, hizo la afirmación, acogida con gran burla, de que había en el soviet un partido dispuesto a tomar el poder gubernamental: los bolcheviques. Mientras el prestigio y la autoridad del Gobierno Provisional se desvanecían y la influencia de los bolcheviques en las fábricas y en el ejército crecía rápidamente, y en julio el Gobierno Provisional decidió proceder contra ellos bajo la acusación de que realizaban propaganda subversiva en el ejército y actuaban como agentes alemanes. Varios dirigentes fueron detenidos. Lenin huyó a Finlandia, desde donde mantuvo correspondencia regular con el comité central del partido, que ahora trabajaba en la clandestinidad en Petrogrado.

Fue durante esta retirada forzosa de la escena de la acción cuando Lenin escribió uno de sus más famosos escritos, y el más utópico de ellos, *El Estado y la revolución*, un estudio de la teoría del Estado de Marx. Este no sólo había predicado la destrucción del Estado burgués

por la revolución proletaria, sino que había previsto, después de la victoria de la revolución y de un período de transición bajo la dictadura del proletariado, el progresivo debilitamiento y la extinción final del Estado. Lo que el proletariado necesita en el momento de su victoria, observaba Lenin, es «un Estado que se extinga, es decir, organizado de tal modo que comience a extinguirse inmediatamente y que no pueda por menos de extinguirse». El Estado ha sido siempre un instrumento de dominación y opresión de clase. La sociedad comunista sin clases y la existencia del Estado son incompatibles. Lenin lo resumía en un aforismo de su propio cuño: «Mientras existe el Estado, no existe libertad. Cuando haya libertad, no habrá Estado.» Lenin no sólo era un profundo conocedor de Marx, sino que tenía un oído sensible al sentir revolucionario de los obreros y campesinos, cuyo entusiasmo se inflamaba ante la perspectiva de escapar a las cadenas de un Estado poderoso y omnipresente. *El Estado y la revolución* es una notable síntesis de las enseñanzas de Marx y las aspiraciones de las masas carentes de instrucción. El partido apenas aparece en sus páginas.

En septiembre, tras el abortado intento de toma del poder del general derechista Kornilov, los bolcheviques obtuvieron la mayoría en los soviets de Petrogrado y Moscú. Lenin, tras algunas vacilaciones, resucitó la consigna «Todo el poder para los soviets», que suponía un desafío directo al Gobierno Provisional. En octubre regresó disfrazado a Petrogrado para asistir a una reunión del comité central del partido. Persuadido por él, el comité decidió, con las únicas opiniones en contra de Zinoviev y Kamenev, preparar una inmediata toma del poder. Los preparativos fueron llevados a cabo principalmente por un comité militar revolucionario que había sido creado por el comité central del Congreso de los Soviets, y que se encontraba ahora firmemente en manos de los bolcheviques. Trotski, que se había unido a los bolcheviques tras su regreso a Petrogrado en el verano, desempeñó un importante papel en la planificación de la operación. El 25 de octubre (del viejo calendario, equivalente al 7 de

noviembre del calendario occidental, que sería introducido unos meses más tarde), la Guardia Roja, formada principalmente por obreros industriales, tomó posiciones estratégicas en la ciudad y avanzó sobre el Palacio de Invierno. Fue un golpe sin sangre. El Gobierno Provisional se vino abajo sin resistencia. Algunos de los ministros fueron detenidos. El primer ministro Kerenski huyó al extranjero.

La fecha del golpe había sido fijada para coincidir con el II Congreso Panruso de los Soviets de Diputados Obreros y Soldados, que comenzó en la tarde del día siguiente. Los bolcheviques tenían ahora la mayoría —399 sobre un total de 649 delegados—, y asumieron la dirección del acto. El congreso proclamó la disolución del Gobierno Provisional y el paso de la autoridad a los soviets, y aprobó por unanimidad tres importantes decretos, los dos primeros a propuesta de Lenin. El primero era una proclama, en nombre del «Gobierno Obrero y Campesino», que proponía a todos los pueblos y gobiernos beligerantes el comienzo de negociaciones en pro de una «paz justa y democrática», sin anexiones ni indemnizaciones, y pedía particularmente «a los obreros conscientes de las tres naciones más adelantadas de la humanidad» —Inglaterra, Francia y Alemania— su ayuda para poner fin a la guerra. El segundo era un decreto sobre la tierra, e incluía un texto redactado por los socialistas revolucionarios, que respondía a las aspiraciones pequeño-burguesas del campesino antes que a las teorías bolcheviques a largo plazo sobre la socialización de la agricultura. La propiedad de los terratenientes era abolida sin compensación; tan sólo la tierra de los «simples campesinos y cosacos» quedaba libre de confiscación. La propiedad privada de la tierra quedaba abolida a perpetuidad. El derecho a usar la tierra se concedía a «todos los ciudadanos del Estado ruso (sin distinción de sexo) que deseen trabajarla ellos mismos». Los derechos sobre los minerales, y otros derechos de tipo subsidiario, quedaban reservados al Estado. La compra, venta y arrendamiento de la tierra, así como el empleo de trabajo asalariado, quedaban prohibidos. Esto

era un fuero para el pequeño campesino independiente que cultivara su parcela de tierra con su propio trabajo y el de su familia, sirviendo primariamente sus propias necesidades. La resolución final de la cuestión de la tierra se reservaba para la futura Asamblea Constituyente. El tercer decreto, propuesto por Kamenev, que presidía la sesión, creaba un Consejo de Comisarios del Pueblo (Sovnarkom), como Gobierno Provisional Obrero y Campesino que gobernaría el país bajo la autoridad del Congreso Panruso de los Soviets y de su comité ejecutivo hasta la formación de la Asamblea Constituyente.

Estas proclamaciones tenían varios rasgos distintivos. Pocas horas antes, Lenin había cerrado su intervención ante el soviet de Petrogrado con estas audaces palabras: «En Rusia debemos ocuparnos de la construcción del Estado socialista proletario.» En los decretos del Congreso de los Soviets, más formales, los conceptos de «Estado» y «socialismo» permanecieron entre bastidores. En medio del entusiasmo de la victoria, cuando el viejo Estado y sus correspondientes males estaban siendo barridos, nadie ansiaba enfrentarse al problema de la construcción de un nuevo Estado. La revolución era internacional, y no tenía en cuenta las fronteras nacionales. El Gobierno Obrero y Campesino carecía de definición o designación territoriales: la extensión última de su autoridad no podía ser prevista. El socialismo era un ideal del futuro; Lenin afirmó, al presentar el decreto sobre la paz, que la victoria del movimiento obrero abriría «el camino hacia la paz y el socialismo». Pero ninguno de los decretos mencionaba al socialismo como fin o propósito de la revolución: el contenido de ésta, al igual que su extensión, se verían en el futuro.

Finalmente, el gesto de deferencia hacia la autoridad última de la Asamblea Constituyente, que visto de forma retrospectiva resulta singularmente ilógico, fue aceptado sin objeción. Entre febrero y octubre, tanto el Gobierno Provisional como los soviets habían pedido la formación de una asamblea constituyente, procedimiento democrático tradicional para la redacción de una nueva constitución; y las elecciones se habían fijado para el 25 de noviembre. Lenin no deseaba suspenderlas, o no se sentía suficientemente fuerte para hacerlo. Como cabía esperar en un electorado predominantemente rural, el voto dio la mayoría absoluta a los socialistas revolucionarios, con 267 de 520 diputados; los bolcheviques obtuvieron 161, sumando el resto un gran número de grupos minoritarios. Cuando los diputados se reunieron en enero de 1918, el Gobierno Obrero y Campesino estaba firmemente establecido en Petrogrado, y era improbable que abdicara en favor de un cuerpo que representaba los confusos sentimientos de las áreas rurales dos meses antes. Bujarin habló de «la línea que en este momento divide a esta asamblea en [...] dos campos irreconciliables, de principio [...] a favor del socialismo o contra el socialismo». La asamblea escuchó mucha oratoria poco concluyente. Avanzada la noche se levantó la sesión; y el Gobierno impidió por la fuerza que volviera a reanudarse. Éste fue un momento decisivo. La revolución había dado la espalda a las convenciones de la democracia burguesa.

La primera consecuencia de la revolución que afectó al mundo occidental, despertando horror e indignación, fue la retirada de la guerra y la deserción del campo aliado en el desesperado clímax de su lucha con Alemania. Cuando esta traición imperdonable vino seguida por medidas como el repudio de las deudas de anteriores gobiernos rusos y la expropiación de los terratenientes y propietarios de fábricas, y cuando la revolución se presentó a sí misma como primera etapa de una revolución destinada a extenderse por Europa y por el mundo, se reveló como un ataque fundamental al conjunto de la sociedad capitalista occidental. Pero esta amenaza no fue tomada muy en serio. Pocas personas imaginaron en un principio en Occidente que el régimen revolucionario pudiera sobrevivir en Rusia más allá de unos pocos días o semanas. Los mismos dirigentes bolcheviques no creían poder sostenerse indefinidamente, a menos que los trabajadores de los países capitalistas acudieran en su ayuda levantándose contra sus propios gobiernos.

Este escepticismo no carecía de fundamento. La autoridad del Gobierno Obrero y Campesino apenas si se extendía más allá de Petrogrado y unas pocas grandes ciudades más. Incluso en los soviets los bolcheviques no disponían de un apoyo unánime: y era difícil saber hasta cuándo el Congreso Panruso de los Soviets —única autoridad central soberana— sería reconocido por los soviets locales que habían brotado por todo el país, por los comités de fábrica que ejercían el «control obrero» en las fábricas, o por los millones de campesinos que ahora regresaban en tropel a sus casas desde el frente. Los burócratas, los directivos y los técnicos a todos los niveles habían entrado en huelga, y se negaban a servir al sedicente nuevo gobierno. Las fuerzas armadas a disposición del régimen consistían en un núcleo de unos pocos miles de guardias rojos y en algunos batallones letones leales que habían sobrevivido a la desintegración de los ejércitos imperiales que lucharon en la guerra. A las pocas semanas de la revolución, en las regiones del Don, el Kubán y los Urales se estaban organizando ejércitos cosacos comprometidos a su derrocamiento. Para los bolcheviques había sido fácil derribar al raquítico Gobierno Provisional. Sustituirlo, establecer un control efectivo sobre el caos en el que estaba sumergido el vasto territorio del difunto Imperio ruso, y crear un nuevo orden social que enlazara con las aspiraciones de las masas obreras y campesinas que habían visto en los bolcheviques a sus salvadores y liberadores, era una tarea mucho más formidable y compleja.

2. Los dos mundos

El primer acto constitucional que dio una denominación territorial al Gobierno Obrero y Campesino fue la Declaración de Derechos del Pueblo Trabajador y Explotado, aprobada por el III Congreso Panruso de los Soviets en enero de 1918, contrapartida bolchevique de la Declaración de Derechos del Hombre y del Ciudadano promulgada por la revolución francesa. Se proclamaba en ella que Rusia era una República de los Soviets de Diputados Obreros, Soldados y Campesinos, a lo cual se añadía que «la República Soviética Rusa se funda sobre la base de la libre unión de naciones libres, como federación de repúblicas nacionales soviéticas». La forma de las palabras preservaba las intenciones internacionales del régimen revolucionario. La revolución era esencialmente internacional; implicaba la sustitución de la guerra entre potencias rivales por la guerra de clases. Pero la promoción de la revolución mundial era también una primera necesidad para el régimen soviético en lucha. Era la única arma de la que disponían los bolcheviques frente a las potencias imperialistas en orden de batalla; y sin una re-

volución, al menos en los principales países beligerantes, el régimen difícilmente podía esperar sobrevivir. No se podía hacer ninguna distinción entre los dos campos beligerantes; ambos eran igualmente abanderados del orden capitalista que la revolución trataba de destruir. Por tanto, en un primer momento, cualquier concepción de política exterior diferente de la propaganda en favor de la revolución fue ajena al pensamiento bolchevique. Trotski, primer comisario del Pueblo para los Asuntos Exteriores, observó de forma epigramática: «Lanzaré unas pocas proclamas revolucionarias a los pueblos del mundo, y después cerraré la tienda.»

Las realidades exteriores, sin embargo, pronto disiparon esta visión, e impusieron a la república soviética en lucha el papel de Estado nacional en un mundo de Estados nacionales. La llamada a unas negociaciones de paz, dirigida a las naciones en guerra, cayó en oídos sordos. Era necesario hacer algo respecto a las relaciones con Alemania, cuyos ejércitos habían penetrado profundamente en territorio ruso y aún estaban realizando acciones de guerra. Uno de los primeros actos del nuevo gobierno fue concluir un armisticio con el gobierno imperial alemán y pedir la paz. En febrero de 1918 comenzaron las negociaciones de paz en Brest-Litovsk. Trotski, que encabezaba la delegación soviética, prescindió ostensiblemente de las prácticas tradicionales de la diplomacia, apeló a los pueblos beligerantes saltando por encima de sus gobiernos, realizó abiertamente propaganda antibélica entre las tropas alemanas, y puso en dificultades a la delegación alemana al insistir en la petición de «una paz sin anexiones ni indemnizaciones», petición que los alemanes aceptaban pretendidamente en sus tratos con los aliados occidentales.

Pero la intransigencia y la abrumadora superioridad de las armas alemanas presentaban un dilema sin salidas. Trotski no podía reconciliar esto con sus principios revolucionarios para firmar un tratado humillante con una potencia imperialista: algo que Lenin llegaría a ver como inevitable. Por otra parte, su sentido de la realidad no le

permitía apoyar las demandas de Bujarin y otros «comunistas de izquierda» en pro del relanzamiento de la «guerra revolucionaria». Ideó la fórmula: «Ni paz ni guerra.» Sin embargo, cuando los alemanes reanudaron su avance, nada impresionados por esta excentricidad tan poco diplomática, el dilema volvió a presentarse de forma aún más grave. De mala gana Trotski unió su voto al de Lenin para aceptar lo que el mismo Lenin llamaba una paz «vergonzosa», que implicaba el abandono de Ucrania y de otras extensas áreas del antiguo territorio ruso, y presentó su dimisión como comisario del Pueblo para los Asuntos Exteriores. El tratado se firmó el 3 de marzo de 1918, y el avance alemán se detuvo. Simultáneamente con las negociaciones de Brest-Litovsk se establecieron contactos informales —y estériles— con representantes ingleses, franceses y norteamericanos, con la esperanza de solicitar ayuda occidental contra los alemanes. Esta apertura a los gobiernos capitalistas, tanto como la firma del tratado de Brest-Litovsk, fue amargamente lamentada, en cuanto derogación de los principios internacionales de la revolución, por una minoría sustancial del comité central del partido, encabezada por Bujarin; y se requirió toda la influencia de Lenin para asegurar su aprobación.

Las lecciones de la impotencia militar fueron aprendidas por los dirigentes bolcheviques. El 23 de febrero de 1918, antes incluso de la firma del tratado de Brest-Litovsk, nació el Ejército Rojo, originalmente llamado «Ejército Rojo Obrero y Campesino»; esta fecha se ha celebrado desde entonces anualmente como la del nacimiento del Ejército Rojo. Su nombre pretendía indicar su carácter y propósito internacional y revolucionario. Pero la proclama anunciando su fundación llevaba el encabezamiento «La patria socialista está en peligro», de forma que su nacimiento estuvo presidido por una conciencia tan nacional como internacional. Trotski fue nombrado comisario del Pueblo para la Guerra, con la tarea de organizarlo. Era demasiado realista para suponer que se podía construir un ejército con simples reclutas sin entrenamiento. Su primera respuesta a la emergencia fue

reclutar soldados profesionales, antiguos oficiales zaristas a los que oficialmente se hacía referencia como «especialistas militares», para entrenar al nuevo ejército. Esta medida ofreció excelentes resultados. A comienzos de 1919 se habían enrolado 30.000 de tales oficiales. La Guardia Roja de 1917, que reunía escasamente 10.000 hombres entrenados, creció hasta convertirse, en el apogeo de la guerra civil, en un Ejército Rojo de cinco millones. El mismo Trotski demostró un excepcional talento militar. Pero también llegó a ser conocido por su actitud implacable al exigir obediencia incuestionada y castigar las faltas; y se vio obligado a alabar las virtudes de la disciplina militar que la revolución había pretendido destruir. Una situación desesperada requería remedios desesperados.

Estas medidas no pusieron fin a los peligros que acechaban al régimen, ahora desplazado desde Petrogrado a su nueva capital en Moscú. En diferentes partes del país comenzaron a reunirse fuerzas militares hostiles de rusos «blancos». El ejército alemán continuaba ocupando Ucrania, por acuerdo con un gobierno nacional ucraniano títere. Los gobiernos occidentales, ultrajados por la revolución y por la deserción rusa del campo aliado en el momento de mayor necesidad de éste, decidieron actuar. En marzo de 1918 tropas inglesas, seguidas por otras francesas y norteamericanas, ocuparon el puerto de Murmansk en el Norte, supuestamente para proteger contra una ulterior irrupción alemana los pertrechos militares allí acumulados. Mientras tanto, los muchos miles de prisioneros checos de guerra existentes en Rusia, principalmente desertores del ejército austríaco, formaron una legión checa, y con el consentimiento del gobierno soviético partieron hacia Vladivostok con la intención de embarcar allí hacia el Oeste. En Siberia, los bien organizados legionarios chocaron con autoridades soviéticas dispersas e ineficaces, y se convirtieron —al principio quizá inconscientemente— en un aglutinante de las fuerzas antibolcheviques. En abril de 1918 el gobierno japonés, que no deseaba quedar fuera del asunto, desembarcó tropas en Vladivostok, que fueron seguidas dos meses más tarde

por destacamentos ingleses y norteamericanos. En julio ocuparon Arkángel fuerzas inglesas, francesas y norteamericanas. En el verano y el otoño de 1918, la supervivencia del Gobierno Obrero y Campesino en Moscú parecía deberse no tanto a su propia fortaleza como al hecho de que las naciones estaban envueltas en una lucha a vida o muerte en el frente occidental, y prestaban poca atención a lo que sucedía en otros lugares.

El colapso de Alemania, y el armisticio del 11 de noviembre de 1918, dieron un nuevo giro a la situación. La incipiente situación revolucionaria en Berlín durante los dos meses que siguieron al armisticio, el éxito de los golpes revolucionarios en Baviera y Hungría, unos meses más tarde, así como los disturbios esporádicos en Inglaterra, Francia e Italia, condujeron a los dirigentes bolcheviques a la creencia de que la tan esperada revolución europea estaba madurando. Pero los acontecimientos que traían esperanza y alivio a Moscú intensificaron el temor y el odio de los gobiernos occidentales ante el régimen revolucionario, y agudizaron su determinación de desarraigarlo. Forzosamente se abandonó el pretexto de que las operaciones militares en Rusia eran parte subsidiaria de la guerra contra Alemania. Se amplió abiertamente el apoyo a los ejércitos rusos empeñados en la cruzada contra los bolcheviques, en Arkángel, en Siberia y en la Rusia meridional. Sin embargo, ahora surgió una nueva complicación. Las tropas aliadas, en parte por cansancio de la guerra y en parte por simpatía más o menos manifiesta hacia el gobierno obrero de Moscú, eran abiertamente reacias a continuar la lucha. En abril de 1919, un motín en los barcos de guerra franceses en Odesa hizo necesaria la evacuación del puerto. En Arkángel y Murmansk se evitó que las cosas terminaran igual mediante la progresiva retirada de las tropas aliadas. En el otoño de 1919 las únicas fuerzas aliadas que permanecían en suelo ruso eran los contingentes japonés y norteamericano de Vladivostok.

Este retroceso no modificó en nada las intenciones hostiles de los aliados occidentales, que trataron de compen-

sar la retirada de las tropas mediante un aumento en el envío de pertrechos y misiones militares, y mediante el apoyo verbal a los diversos «gobiernos» rusos en ciernes enfrentados a los bolcheviques. El más prometedor de éstos era el formado bajo la dirección del antiguo almirante zarista Kolchak, que había establecido cierta autoridad en gran parte de Siberia y comenzado a avanzar sobre la Rusia europea; y en el verano de 1919, los estadistas aliados reunidos en París para la conferencia de paz entraron en negociaciones, que no llegarían a dar resultados, para reconocer al régimen de Kolchak como único gobierno ruso legítimo. El general zarista Denikin, con fuerte apoyo aliado, consiguió el control de la Rusia meridional, invadió Ucrania, y en el otoño de 1919 alcanzó un punto a menos de 400 kilómetros de Moscú; y Yudenich, otro general, reunió un ejército blanco en el Báltico para atacar Petrogrado. Para entonces, sin embargo, el Ejército Rojo se había convertido en una fuerza de combate efectiva, aunque mal equipada. Los diversos ejércitos blancos no fueron capaces de coordinar sus esfuerzos ni de ganar el apoyo de la población de los territorios en los que operaban. A finales del año se encontrarían en precipitada retirada. En enero de 1920 Kolchak fue capturado y ejecutado por los bolcheviques. Para la primavera de ese año, las fuerzas blancas habían sido dispersadas y destruidas en todas partes, con excepción de unas pocas bolsas aisladas de resistencia.

La guerra civil solidificó el estereotipo, que se había venido formando desde octubre de 1917 tanto en el pensamiento occidental como en el soviético, de dos mundos enfrentados en una contradicción irreconciliable: el mundo capitalista y el mundo de la revolución dedicado a su derrocamiento. Tras el colapso de la potencia alemana en noviembre de 1918, la Europa central se convirtió por poco tiempo en el objetivo que ambos mundos se disputaban. La ráfaga revolucionaria en Berlín, en enero de 1919, favoreció la confiada creencia de los bolcheviques en que había sonado el toque de difuntos por el

capitalismo, y en que la ola revolucionaria se estaba extendiendo hacia el Oeste desde Moscú. En esta atmósfera, Lenin se dispuso a realizar una ambición que venía alimentando ya desde el otoño de 1914: sustituir la difunta II Internacional, o Internacional Socialdemócrata, que se había dividido y autodestruido con el estallido de la guerra, al abandonar los principios del marxismo y del Internacionalismo, por una III Internacional, o Internacional Comunista, verdaderamente revolucionaria. Esta era la consecuencia lógica de la decisión tomada en marzo de 1918 por el congreso del partido de cambiar su viejo nombre de Partido Obrero Socialdemócrata Ruso, ahora manchado por su asociación con los socialdemócratas alemanes y los mencheviques, por el de Partido Comunista Ruso (bolchevique).

A comienzos de marzo de 1919 se reunieron en Moscú más de 50 comunistas y simpatizantes, de los cuales 35 representaban a partidos y grupos comunistas o próximos a ellos de 19 países; muchos de éstos eran pequeños países que habían formado parte del Imperio ruso y a los que ahora se reconocía como repúblicas soviéticas, como Ucrania, Bielorrusia, los países bálticos, Armenia y Georgia. El recién fundado Partido Comunista Alemán envió un delegado con instrucciones de no plantear objeciones de principio, pero tratar de que se pospusiera la creación de la Internacional para un momento más propicio. Viajar a Moscú desde Occidente era virtualmente imposible. Los grupos de Estados Unidos, Francia, Suiza, Holanda, Suecia y Hungría delegaron su representación en ciudadanos de estos países que residían en Moscú; el único delegado británico carecía de toda representación. Las reservas del delegado alemán quedaron sepultadas bajo el peso del entusiasmo. Parece que fue la llegada de un delegado revolucionario austríaco lo que inclinó la balanza. El congreso, autoconstituyéndose en primer congreso de la Internacional Comunista (Comintern), votó un manifiesto, redactado por Trotski, en el que se trazaba el declinar del capitalismo y el avance del comunismo desde el *Manifiesto comunista* de 1848; unas tesis preparadas por

Lenin en las que se denunciaba la democracia burguesa, se proclamaba la dictadura del proletariado y se ridiculizaban los intentos de revivir la desacreditada II Internacional; y, finalmente, una típica llamada a los trabajadores del mundo a presionar sobre sus gobiernos para poner fin a la intervención militar en Rusia y reconocer al régimen soviético. Para proporcionar a la recién nacida Internacional una organización, el congreso eligió un comité ejecutivo (IKKI), del que se nombró presidente a Zinoviev y secretario a Radek, en aquel momento encarcelado en Berlín. Pocos días después de la terminación del congreso se proclamó en Budapest la efímera república soviética húngara.

El hecho mismo de la fundación de una Internacional Comunista tenía más importancia que todo lo sucedido en su primer congreso. Era el dramático anuncio de la escisión entre dos mundos, y en particular de la escisión que se había producido dentro del movimiento obrero internacional. Los fundadores de la Comintern creían firmemente que los trabajadores de los países occidentales, que habían vivido la matanza fratricida de la guerra —y en particular los trabajadores alemanes, bien adoctrinados en el marxismo—, abandonarían rápidamente los partidos nacionales, socialdemócratas y laboristas, que les habían llevado al holocausto, y se unirían a la causa de la unidad internacional de los trabajadores del mundo proclamada por la Comintern. Cuando esto no sucedió, y cuando incluso la II Internacional dio muestras de revivir, el retroceso se atribuyó a dirigentes corrompidos y traidores que habrían traicionado a sus engañados seguidores. Pero en los países occidentales, la escisión entre una minoría de comunistas comprometidos y una mayoría de trabajadores que permanecían fieles a los dirigentes «reformistas» se perpetuaría y se haría más profunda con el paso del tiempo.

La brecha se vería agravada por acontecimientos imprevistos dentro de la propia Comintern. La perspectiva de sus fundadores era auténticamente internacional; esperaban la llegada del día en que sus cuarteles generales pa-

sarían a Berlín o a París. Pero lo que sucedió en Moscú en marzo de 1919 no fue que unos partidos comunistas nacionales se fusionaran en una sola organización internacional, sino que varios grupos extranjeros, débiles y embrionarios, se engancharon a una organización esencialmente rusa, cuyos recursos y principal fuerza motriz procedían, necesaria e inevitablemente, del partido ruso y el gobierno soviético. Esto tampoco carecía de lógica. La potenciación de la revolución internacional tenía dos aspectos, que se reforzaban mutuamente. Era una obligación de todo marxista, pero era también una importante arma defensiva en el arsenal del duramente presionado régimen soviético. Mientras se viera el derrocamiento del capitalismo en otros lugares como una condición para la supervivencia del régimen revolucionario en Rusia, no habría incompatibilidad entre ambos elementos; ambos eran facetas diferentes de un solo propósito coherente e integrado. Pero esto significaba que el compromiso de los partidos comunistas extranjeros con la Comintern tenía fundamentos menos fuertes que el compromiso que parecía obligatorio en Moscú.

El resto de 1919 fue un período de guerra civil, intervención de los aliados y aislamiento soviético. Un breve respiro se produjo tras el colapso de los ejércitos blancos en el invierno de 1919-1920; y fue en este intervalo, en abril de 1920, cuando Lenin escribió su famoso e influyente folleto *La enfermedad infantil del «izquierdismo» en el comunismo*. El blanco de su ataque era la llamada oposición de izquierda en los partidos comunistas, que se oponía a los «compromisos» en nombre de los «principios»; Lenin recordaba, en particular, la oposición a Brest-Litovsk. Los comunistas de los países occidentales debían participar activamente en el parlamento y en los sindicatos, y no retroceder ante los compromisos inherentes a tal participación. Pensando en la intervención hostil de Inglaterra en la guerra civil, Lenin apremiaba a los comunistas ingleses para que establecieran «acuerdos electorales» con el fin de «ayudar a Henderson o a Snowden a vencer a Lloyd George y a Churchill». Pero

este consejo se presentaba sobre un telón de fondo de confianza en una pronta perspectiva revolucionaria. Las prescripciones tácticas del folleto estaban profundamente imbuidas de la necesidad de informar a la base de los partidos obreros sobre el verdadero carácter de sus dirigentes, y de enfrentar a los partidos contra los dirigentes. Henderson debía ser sostenido «del mismo modo que la soga sostiene al ahorcado». No entraba en los cálculos de Lenin que tales tácticas de compromiso y maniobra pudieran mantenerse, a falta de una revolución internacional, por años o décadas.

A finales de abril Pilsudski lanzó una ofensiva polaca sobre Ucrania, ocupando Kiev a comienzos de mayo; y la república soviética se vio de nuevo en una crisis tan grave como la de la guerra civil. Pero esta vez la resistencia fue más rápida y más fuerte. En junio el Ejército Rojo contraatacó. La derrota de las fuerzas polacas, demasiado desplegadas, se convirtió en fuga desordenada, y a comienzos de agosto el Ejército Rojo entró en territorio polaco. Estos dramáticos acontecimientos coincidieron con el II Congreso de la Comintern, que se inauguró el 19 de julio de 1920, con más de 200 delegados. Entre ellos se encontraban, además de delegados del pequeño Partido Comunista Alemán (KPD), delegados del Partido Socialdemócrata Independiente Alemán (USPD) —una escisión del tiempo de la guerra del Partido Socialdemócrata Alemán (SPD)—, así como de los partidos socialistas francés e italiano; estos tres partidos estaban divididos internamente sobre la cuestión de su adhesión a la Comintern, y habían acudido al congreso en busca de clarificación. También había delegados de varios grupos ingleses de extrema izquierda, que decidieron fusionarse en un Partido Comunista de Gran Bretaña (CPGB). Los debates, sobre el telón de fondo de las victorias del Ejército Rojo, estuvieron llenos de confianza y excitación. Las prescripciones del folleto de Lenin no fueron dadas de lado. Se aprobaron resoluciones que impulsaban a los comunistas a trabajar en los sindicatos y en los parlamentos burgueses; y el Partido Comunista Inglés recibió instrucciones —aproba-

das por mayoría— de tratar de afiliarse al Partido Laborista. Pero el estado de ánimo general era ahora muy diferente. El congreso llamó a los trabajadores del mundo a impedir «cualquier tipo de ayuda a la Polonia Blanca, cualquier tipo de intervención contra la Rusia soviética». La revolución mundial estaba muy presente en el cuadro. «La Internacional Comunista —declaraba un manifiesto del congreso— proclama la causa de la Rusia soviética como su propia causa. El proletariado internacional no enfundará la espada hasta que la Rusia soviética sea un eslabón en una federación mundial de repúblicas soviéticas.»

Las «21 condiciones» de admisión en la Comintern estaban pensadas para excluir a los irresolutos, y para hacer de la Comintern no una asociación flexible de partidos ampliamente diversos (como la II Internacional), sino un solo partido, homogéneo y disciplinado, del proletariado internacional. La perspectiva de la revolución mundial nunca había parecido tan clara y tan próxima.

Mientras se desarrollaban los debates del congreso, los dirigentes soviéticos tenían que tomar una decisión vital. ¿Debía detenerse el Ejército Rojo en la frontera polaca y ofrecer condiciones de paz a Pilsudski? ¿O debía continuar su avance, que en aquellos momentos no encontraba casi resistencia, hacia Varsovia y otros centros industriales polacos? Lenin se pronunció a favor del avance, deslumbrado por la idea de que los trabajadores polacos recibirían al Ejército Rojo como a su libertador del yugo capitalista, y de que la revolución en Polonia abriría las puertas hacia Alemania y la Europa occidental. Trotski y Rádek se opusieron a él; Stalin parece haber compartido sus dudas, pero se encontraba en el frente en el momento de la decisión crítica. Tujachevski, el brillante comandante que había dirigido el contraataque, estaba completamente a favor del avance, y deseaba hacer del Ejército Rojo el ejército de la Comintern. Vencieron la audacia y el entusiasmo. A mediados de agosto el Ejército Rojo estaba desplegado ante Varsovia. Aquí, sin embargo, se reveló rápidamente el mayor error de cálculo en estas medidas. Los trabajadores polacos no iniciaron una revuelta; y Pilsudski

llamó con éxito a la resistencia nacional frente al invasor ruso. En las semanas siguientes, el Ejército Rojo sufrió las mismas humillaciones de una precipitada retirada que tan recientemente había infligido a sus adversarios. Los ejércitos se detuvieron finalmente en un punto muy al Este de la llamada «línea Curzon», que había sido reconocida por los gobiernos aliados, así como por el gobierno soviético, como frontera oriental de Polonia. Allí se firmó un armisticio el 12 de octubre de 1920. La república soviética había pagado un alto precio por su optimismo revolucionario.

El prestigio del Ejército Rojo encontró una compensación parcial en la facilidad con la que rechazó en el otoño de 1920 un ataque de Wrangel, el último de los generales blancos, en la Rusia meridional. Pero la derrota en Polonia tendría repercusiones duraderas en las relaciones soviéticas con el mundo occidental. La campaña había estado basada en la convicción de que los trabajadores polacos se rebelarían contra sus gobernantes y establecerían, en unión con las fuerzas rusas, un gobierno revolucionario en Varsovia. El fracaso de esta esperanza mostró que los trabajadores polacos, como los de Europa occidental, estaban aún demasiado imbuidos de lealtades nacionales para abrazar la causa de la revolución proletaria internacional. En el resto de Europa, si bien los trabajadores seguían mostrando simpatía y entusiasmo hacia la revolución rusa, no mostraban prisas por izar la bandera de la revolución en sus propios países. En octubre el USPD decidió, por una estrecha mayoría, fusionarse con el KPD, dejando a su propia retaguardia, junto con el mayor partido obrero alemán, el SPD, poseídos por sentimientos de amargura y resentimiento contra el KPD y contra la Comintern. Un poco más tarde el Partido Socialista Francés se transformó en Partido Comunista Francés (PCF), dejando tras de sí una minoría sustancial de disidentes; y una escisión del Partido Socialista Italiano condujo a la creación de un pequeño Partido Comunista Italiano (PCI). Estas incorporaciones a la Comintern fueron celebradas como triunfos en Moscú. Pero afianzaron la desconfianza hacia la Comintern, predominante en aquel momento en muchas secciones del movimiento obrero occidental. Un intento de golpe revolucionario en Alemania en marzo de 1921 (véase página 63 *infra*) fue un triste fracaso. La ola revolucionaria de la posguerra estaba retrocediendo visiblemente en Europa.

De la derrota militar en Polonia se podía sacar también otra lección. El campesino ruso que había suministrado el material humano del Ejército Rojo, si bien había defendido tenazmente la causa revolucionaria en su patria, no estaba dispuesto a pelear para llevar la revolución a otros países. El campesino, que ahora comenzaba a revolverse contra las miserias y la devastación que constituían la resaca de la guerra civil, no soportaría penalidades prolongadas en nombre de la revolución internacional. En el duro invierno de 1920-1921 los disturbios campesinos en la Rusia central concentraron la ansiosa atención de los dirigentes, y comenzaron insensiblemente a remodelar el pensamiento soviético sobre el mundo occidental. Las visiones de una revolución internacional habían venido fomentadas —casi impuestas— por la traumática experiencia de la guerra civil. Superada ésta, el objetivo de la revolución internacional, sin ser abandonado, fue relegado silenciosamente a un futuro más distante. La seguridad y la estabilidad eran las supremas necesidades del momento. En este estado de ánimo, a la vez que se introducía la NEP, se dieron pasos para regularizar las relaciones soviéticas con el mundo no soviético.

3. El comunismo de guerra

La hostilidad del mundo exterior fue tan sólo uno de los peligros a los que se enfrentaron los bolcheviques tras su toma del poder. En Petrogrado la revolución se realizó sin sangre; pero en Moscú hubo fuertes combates entre unidades bolcheviques y cadetes militares leales al Gobierno Provisional. Los partidos políticos desplazados comenzaron a organizarse contra la autoridad de los soviets. Las comunicaciones quedaron interrumpidas por una huelga de los trabajadores del ferrocarril, cuyo sindicato estaba controlado por los mencheviques. Se desorganizaron los servicios administrativos; y las condiciones anárquicas fueron aprovechadas por individuos asociales para realizar motines y saqueos. Seis semanas después de la revolución, un decreto del gobierno creó la Comisión Extraordinaria Panrusa (Cheka) para «combatir la contrarrevolución y el sabotaje»; y se invitó a los soviets locales a crear comisiones similares. Pocos días más tarde se estableció un tribunal revolucionario para juzgar «a quienes organicen revueltas contra el Gobierno Obrero y Campesino, a quienes se le opongan activamente o no le obedezcan, o a

quienes inciten a otros a oponérsele o a desobedecerle». Hasta junio de 1918 el tribunal revolucionario no pronunció su primera sentencia de muerte. Pero en muchas partes del país se produjeron asesinatos indiscriminados de bolcheviques y de adversarios suyos; y la Cheka tuvo cada vez más trabajo en perseguir a los oponentes activos al régimen. En abril de 1918 fueron arrestados en Moscú varios cientos de anarquistas; en julio la Cheka debió suprimir un intento de golpe de los socialistas revolucionarios, que asesinaron al embajador alemán, aparentemente como protesta contra el tratado de Brest-Litovsk. Durante el verano de 1918 dos destacados dirigentes bolcheviques fueron asesinados en Petrogrado, y Lenin fue tiroteado en Moscú. La ferocidad con la que se desarrolló la lucha durante la guerra civil llevó la tensión a su clímax. Las atrocidades de un bando fueron igualadas por las represalias del otro. El «terror rojo» y el «terror blanco» pasaron a formar parte del vocabulario político.

Estas desesperadas condiciones se reflejaban en el total desorden de la economía. Durante la guerra, la producción se había visto paralizada y distorsionada por las necesidades militares, y por la ausencia de los trabajadores agrícolas e industriales que se encontraban en el frente. La misma revolución, y los estragos de la guerra civil, completaron el cuadro de desintegración económica, social y financiera; el hambre y el frío sorprendieron a grandes sectores de la población. Los iniciales remedios bolcheviques para los males económicos no fueron más allá de la proclamación de principios generales, tales como la distribución igualitaria, la nacionalización de la industria y la tierra, y el control obrero. En los primeros meses de la revolución fueron tomadas muchas empresas, unas veces por órganos del Estado responsables ante el Consejo Supremo de Economía Nacional (Vesenja), otras veces por los mismos trabajadores. Los bolcheviques, que todavía tenían poco poder en el campo, habían adoptado para la agricultura el programa de los socialistas revolucionarios y proclamado la «socialización» de la tierra y su distribución igualitaria entre quienes la cultivaban. Lo que su-

cedió, de hecho, fue que los campesinos tomaron y distribuyeron entre ellos las fincas, grandes y pequeñas, de la nobleza terrateniente y las posesiones de los campesinos acomodados, llamados normalmente kulaks, que habían sido autorizados a acumular tierra por las reformas de Stolipin. Ninguna de estas medidas detuvo la caída de la producción. En el campo financiero se nacionalizaron los bancos y se repudiaron las deudas exteriores. Pero era imposible recaudar impuestos regulares o preparar un presupuesto del Estado; se hacía frente a las necesidades inmediatas mediante el recurso de imprimir moneda.

El régimen vivió al día durante seis meses. Después las amenazantes tormentas de la guerra civil y el colapso económico condujeron al gobierno, en el verano de 1918, a las drásticas medidas que más tarde se conocerían por el ambiguo nombre de «comunismo de guerra». La comida era la primera prioridad. Los trabajadores de las ciudades y las fábricas estaban hambrientos. En mayo surgió la consigna de organizar «destacamentos de alimentación» para marchar al campo y recaudar grano de los kulaks y especuladores —la «burguesía rural»—, que se creía lo atesoraban. Un decreto del 11 de junio de 1918 estipulaba la creación en los pueblos de «comités de campesinos pobres» que supervisarían la recolección, distribución y envío a las ciudades del grano y otros productos agrícolas, «bajo la dirección general del Comisariado del Pueblo para los Suministros (Narkomprod)». Lenin celebró la constitución de estos comités como la realización de «la revolución de Octubre, es decir, la revolución proletaria» en el campo, y pensó que marcaba el paso de la revolución burguesa a la revolución socialista. Pero el experimento tuvo corta vida. El decreto, como otros de este período, fue más fácil de redactar que de llevar a la práctica. La acción espontánea de los campesinos durante el primer año de la revolución se tradujo en la división de la tierra entre una multiplicidad de pequeños cultivadores que vivían al nivel de subsistencia: un incremento en el número y una disminución en el tamaño de las unidades agrícolas que no contribuyó en nada a la eficiencia de la agricultura o al suministro de alimentos a las ciudades, ya que era más probable que el pequeño agricultor consumiera para sus propias necesidades lo que él mismo producía. Los campesinos pobres no eran fáciles de organizar; y brotó la rivalidad entre los comités y los soviets de los pueblos. La estratificación de clase en las aldeas era bastante real. Pero los criterios de clasificación del campesinado en kulaks, campesinos medios y campesinos pobres, eran inciertos y fluctuantes, y venían dictados parcialmente por las exigencias políticas del momento. El término kulak, en particular, se convirtió en un insulto dirigido por la propaganda del partido contra los campesinos, que incurrían en la ira de las autoridades por incumplir las demandas de entrega de grano. Y tampoco se podía contar con que los campesinos pobres actuaran como aliados del gobierno en contra de los kulaks, como esperaban los dirigentes del partido en Moscú. El campesino pobre era consciente de la opresión que sufría a manos del kulak. Pero su temor al Estado y a sus paniaguados era a menudo mayor; y era capaz de preferir el mal conocido a la amenaza de una autoridad remota.

Los comités de campesinos pobres fueron abolidos en diciembre de 1918, y las autoridades desplazaron su apoyo a los llamados «campesinos medios», que estaban por encima del indigente nivel de los «campesinos pobres», pero no merecían la etiqueta de «campesinos ricos» o «kulaks». Pero en medio del caos de la guerra civil ningún expediente podía estimular la producción agrícola. De vez en cuando las autoridades invocaban el acariciado objetivo socialista del cultivo colectivo en gran escala. Un cierto número de comunas agrícolas o «granjas colectivas» (*koljozi*) fueron fundadas por comunistas idealistas, en algunos casos extranjeros, sobre la base del trabajo y la vida en común. Pero estas comunas contribuyeron escasamente a resolver el problema de alimentar a las ciudades. El gobierno soviético, los soviets provinciales o locales, o a veces las empresas industriales controladas por el Vesenja, crearon «granjas soviéticas» (*sovjozi*) con el propósito específico de proporcionar alimento para los hambrientos

trabajadores de las ciudades y las fábricas; empleaban trabajo asalariado, y a veces se les llamaba «fábricas socialistas de grano». Pero hicieron pocos progresos frente a la resistencia de los campesinos, que veían en los *sovjozi* un regreso a las grandes propiedades agrícolas que habían sido parceladas por la revolución, especialmente cuando, como sucedía a menudo, se establecían en propiedades confiscadas y empleaban administradores procedentes del antiguo régimen. En una ocasión Lenin repitió un dicho que supuestamente era de uso común entre los campesinos: «Somos bolcheviques, pero no comunistas; estamos a favor de los bolcheviques porque expulsaron a los terratenientes, pero no estamos a favor de los comunistas, porque ellos están en contra de la propiedad individual.»

Se puede decir que el comunismo de guerra empezó en la industria con un decreto del 28 de junio de 1918, que nacionalizaba todas las categorías importantes de la industria. Este parece haber sido inspirado en parte por la creciente amenaza de la guerra civil y en parte por el deseo de impedir las tomas espontáneas de fábricas por los obreros sin conocimiento del Vesenja: lo que un autor de la época llamó «nacionalización proletaria elemental y caótica desde abajo». Pero la nacionalización formal contaba poco. Lo que importaba era organizar y administrar lo tomado: una función que el control obrero se había mostrado incapaz de ejercer. Ésta sería la tarea del Vesenja, que creó una serie de «centros» o «comités superiores» (*glavki*) para administrar las industrias completas; algunas empresas industriales eran administradas por las autoridades locales. Las caóticas condiciones exigían urgentemente un control centralizado que, sin embargo, puede haber agravado el caos en algunas ocasiones. El nuevo régimen disponía en escaso grado de las habilidades y técnicas requeridas por la producción industrial. En la práctica, la industria continuaba siendo manejada a todos los niveles por quienes habían trabajado en ella antes de la revolución, y que ahora dirigían los «centros» y los *glavki*. En ocasiones se nombraba a miembros del partido para posiciones dirigentes, pero carecían de la experiencia necesaria

para ser efectivos. Los antiguos directores, administradores e ingenieros, cuyos servicios fueron reconocidos rápidamente como indispensables, eran conocidos como «especialistas» y recompensados con grandes salarios y privilegios. La producción industrial se vio cada vez más dominada, sin embargo, por las urgencias de la guerra civil. Las demandas del Ejército Rojo estaban por encima de todo. El esfuerzo tenía que concentrarse en unas pocas industrias esenciales, a expensas de las restantes. Las empresas de pequeña escala que empleaban sólo a un puñado de obreros, y la industria artesanal de la ciudad y el campo, estaban básicamente a salvo de controles, pero se veían obstaculizadas por la falta de materiales. La manc de obra fue movilizada al frente. El transporte se vino abajo. Los suministros de materias primas se agotaron y no pudieron ser repuestos. De las muchas estadísticas que ilustran el catastrófico declinar de la industria, quizá las más reveladoras sean las que registran la despoblación de las grandes ciudades. En los tres años siguientes a la revolución, Moscú perdió el 44,5 por 100 de su población; Petrogrado, donde la concentración industrial era mayor, un 57,5 por 100. El Ejército Rojo se llevó a muchos de los hombres hábiles; y masas de gente fluyeron hacia el campo, donde si acaso se podía encontrar todavía alimento.

Los problemas de distribución no eran menos graves. El objetivo anunciado en el programa del partido de sustituir el comercio privado por «un sistema de distribución de mercancías planificado a escala de todo el Estado» era un ideal remoto. Un decreto de abril de 1918, que autorizaba al Narkomprod a adquirir bienes de consumo para intercambiarlos por las existencias de grano de los campesinos, se quedó en letra muerta. Los planes de establecer precios fijos y racionamiento en las ciudades se vinieron abajo ante la escasez de suministros y la ausencia de cualquier administración eficiente. El comercio fluía, cuando fluía, por canales ilícitos. El país era recorrido por comerciantes (suficientemente numerosos como para ganarse el apodo familiar de «hombres del saco») que intercambiaban con los campesinos bienes de consumo simples por

alimentos destinados a ser vendidos en las ciudades a precios exorbitantes. Los «hombres del saco» eran frecuentemente denunciados por las autoridades y amenazados con la detención o el fusilamiento, pero seguían prosperando. Se hizo algún intento de usar el aparato existente de las cooperativas, y se estableció un control sobre los órganos cooperativistas centrales, aunque no sin fricciones. Como el dinero estaba perdiendo rápidamente su valor se idearon esquemas para el trueque de mercancías entre la ciudad y el campo; pero los bienes que deseaban los campesinos también escaseaban. En el año crucial de la guerra civil, cuando la supervivencia del régimen parecía pendiente de un hilo, e incluso el territorio que nominalmente controlaba se veía constantemente reducido por incursiones de los ejércitos blancos, el método para hacer frente a las necesidades del Ejército Rojo, de las fábricas dedicadas a la producción de guerra y de la población urbana era un crudo método de requisamiento, dictado y justificado por necesidades militares. La tarea primordial de la política económica era mantener avituallado al Ejército Rojo, y poca atención se podía prestar a las necesidades o susceptibilidades civiles. Fue el requisamiento generalizado de los excedentes de grano lo que fundamentalmente condujo a los campesinos, una vez que el peligro de los blancos estuvo superado, a rebelarse contra los rigores del comunismo de guerra.

El comunismo de guerra tuvo importantes consecuencias para la organización del trabajo. La esperanza inicial de que, aunque la coerción fuera necesaria frente a los terratenientes y miembros de la burguesía, el trabajo de los obreros se regularía mediante autodisciplina voluntaria, pronto se vio frustrada. El «control obrero» sobre la producción, ejercido en cada fábrica por un comité de fábrica elegido, que había sido fomentado en el alborear de la revolución y había desempeñado un papel en la toma del poder, se convirtió pronto en una receta para la anarquía. En medio de la espesa atmósfera de crisis de enero de 1918, Lenin, significativamente, citó el familiar «el que no trabaja no come» como «credo *práctico* del socialismo»; y el comisario del Pueblo para el Trabajo habló de «sabotaje» y de la necesidad de medidas de coerción. Lenin se pronunció a favor del destajo y del «taylorismo», un sistema americano muy de moda para mejorar la eficiencia del trabajo, que él mismo había denunciado como «esclavizamiento del hombre a la máquina». Más tarde apoyaría una campaña a favor de la introducción en la industria de la llamada «dirección por un solo hombre», antítesis directa del «control obrero». El congreso del partido, que votó en marzo de 1918 la ratificación del tratado de Brest-Litovsk, también exigió «medidas draconianas para elevar la autodisciplina y la disciplina de obreros y campesinos». Estas propuestas, como el propio tratado de Brest-Litovsk, despertaron la indignación de lo que entonces era la oposición de izquierda, en la que Bujarin y Radek representaban papeles dirigentes.

La revolución había puesto de relieve el ambiguo papel de los sindicatos en un Estado obrero. Las relaciones entre los soviets de diputados obreros y los sindicatos, en las que ambos pretendían representar los intereses de los trabajadores, habían sido cruciales desde los primeros días de la revolución, cuando los sindicatos más fuertes estaban dominados por los mencheviques. Cuando se celebró el I Congreso Panruso de los Sindicatos, en enero de 1918, los bolcheviques obtuvieron la mayoría, aunque los mencheviques y otros partidos también estaban bien representados. El congreso no tuvo dificultad en llamar al orden a los comités de fábrica sobre la base de que el interés particular de un pequeño grupo de obreros debía ceder ante el interés general del proletariado en su conjunto. Sólo unos pocos delegados anarquistas se opusieron a la decisión de convertir a los comités en órganos de los sindicatos. También aquí estaba ya en marcha el principio de centralización de la autoridad dispersada por la revolución.

La cuestión de la relación entre los sindicatos y el Estado fue mucho más tenazmente impugnada. ¿Debían ser los sindicatos parte integral del aparato del Estado obrero, como otras instituciones soviéticas? ¿O debían conservar la función de defender los intereses específicos de los tra-

bajadores, independientemente de otros elementos del Estado obrero? Los mencheviques y algunos bolcheviques, para quienes, como la revolución no había sobrepasado su etapa democrático-burguesa, los sindicatos aún debían desempeñar su papel tradicional, propusieron la completa independencia de los sindicatos frente al Estado. Pero Zinoviev, que presidía, no tuvo dificultades para conseguir una confortable mayoría a favor de la tesis oficial de los bolcheviques de que, en el proceso de la revolución, los sindicatos debían «transformarse inevitablemente en órganos del Estado socialista», y en este sentido debían «asumir el peso fundamental en la organización de la producción». La caída de la producción y las necesidades de una situación desesperada hacían vital este mandato. La elevación de la productividad del trabajo, la mejora de la disciplina laboral, la regulación de los salarios y la prevención de huelgas eran responsabilidades que los sindicatos, junto con el Vesenja y otros órganos del Estado, debían asumir ahora. La distinción entre las funciones de los sindicatos y las del Comisariado del Pueblo para el Trabajo (Narkomtrud) se hicieron fundamentalmente formales; la mayor parte de los principales funcionarios del Narkomtrud serían en lo sucesivo candidatos propuestos por los sindicatos.

Las urgencias de la guerra civil resucitaron y mantuvieron viva la oleada de entusiasmo que había generado la propia revolución, e hicieron aceptables las estrictas medidas de disciplina. En abril de 1919, en el apogeo de la guerra civil, se introdujo el servicio militar obligatorio; y en la práctica esto llegó pronto a incluir la recluta de mano de obra para trabajos esenciales. En la misma época, aproximadamente, se instituyeron campos de trabajo para delincuentes condenados a esta forma de castigo por la Cheka o por los tribunales ordinarios, y que serían empleados en trabajos bajo la dirección de las instituciones soviéticas. Los más severos de estos campos, los llamados «campos de concentración», se reservaban para quienes habían estado envueltos en actividades contrarrevolucionarias en la guerra civil, a los que se designaba para tra-

bajos particularmente arduos. Pero también se hicieron llamadas a la autodisciplina voluntaria. En mayo de 1919 Lenin convocó a los obreros a los llamados «sábados comunistas», en los que varios miles de trabajadores de Moscú y Petrogrado realizarían horas extraordinarias de trabajo voluntario sin paga, para acelerar el envío de tropas y suministros al frente; y este precedente fue seguido un año después. De esta época data la institución de los *udarniki*, u obreros de choque, para realizar a gran velocidad trabajos especialmente importantes. Sin esta combinación de dura coerción y entusiasmo espontáneo la guerra civil no se habría ganado.

A comienzos de 1920, con la derrota de Denikin y Kolchak, la crisis militar quedó superada. Pero dejó paso al problema igualmente grave del colapso económico casi total; y parecía lógico enfrentarse a estos problemas con las mismas formas de disciplina que habían traído la victoria en el campo de batalla. Como comisario del Pueblo para la Guerra, Trotski se convirtió en abanderado de la recluta obligatoria y la «militarización» del trabajo para abrir el camino hacia la recuperación económica. Durante el período del comunismo de guerra, los sindicatos habían sido dados de lado. Para el trabajo en la retaguardia se había reclutado mano de obra; y al terminar la lucha, las unidades militares fueron convertidas en «batallones de trabajo» para las necesarias tareas de reconstrucción. El primer «ejército revolucionario de trabajo» se formó en los Urales en enero de 1920. Sin embargo, una vez que hubo terminado la guerra, la corriente cambió. Quienes desde el primer momento habían visto con suspicacia la aplicación de medidas de coerción a los trabajadores, los partidarios de la independencia de los sindicatos, y quienes por otras razones se sentían agraviados por la preeminencia de Trotski en el partido, se unieron para atacar sus procedimientos autoritarios. Frente a la creciente oposición, Trotski defendió su política en el congreso del partido de marzo de 1920, obteniendo el apoyo de Lenin. El estallido de la guerra con Polonia acalló las voces discrepantes. Pero cuando la guerra terminó, en el otoño

de 1920, y los últimos rescoldos de la guerra civil se apagaron en el Sur, en el partido surgió una dura oposición contra el mantenimiento de la recluta de trabajo y la virtual marginación de los sindicatos. Trotski, impresionado por los vastos y urgentes problemas de la reconstrucción económica, e irritado por la resistencia sindical a sus planes, echó más leña al fuego al pedir una enérgica reorganización de los sindicatos. En este punto, Lenin no estuvo de acuerdo con Trotski; y a lo largo de todo el invierno se produjo un duro debate de dimensiones sin precedentes, debate que sólo se resolvió cuando la política del comunismo de guerra fue abandonada por el congreso del partido en marzo de 1921.

En el partido hubo distintas y ambivalentes actitudes ante el comunismo de guerra. El conglomerado de políticas prácticas, conocido colectivamente bajo ese nombre, fue aprobado como necesario y propio por casi todos, excepto una pequeña minoría de disidentes. Pero las interpretaciones sobre su carácter diferían ampliamente; más ampliamente, quizá, en una visión retrospectiva que en su momento. Los primeros ocho meses de gobierno soviético habían quebrado el poder de los terratenientes y la burguesía, pero no habían hecho nacer todavía un orden económico socialista. En mayo de 1918, Lenin aún hablaba de una «intención [...] de realizar la transición al socialismo». La brusca introducción durante el verano, bajo el nombre de comunismo de guerra, de medidas que parecieron a muchos bolcheviques un anticipo de la futura economía socialista, fue considerada por los miembros más prudentes del partido simplemente como una respuesta obligada a una situación de crisis, un abandono del cauteloso avance seguido hasta entonces, una zambullida —necesaria, sin duda, pero precipitada y llena de riesgos— en aguas desconocidas. Este punto de vista ganó popularidad cuando terminó la guerra civil y las cargas del comunismo de guerra parecieron insoportables por más tiempo; y se convirtió en la línea aceptada cuando la revuelta campesina impuso finalmente la decisión de abandonar el comunismo de guerra en favor de la NEP.

Otros comunistas, por otra parte, celebraron las realizaciones del comunismo de guerra como un triunfo económico, un avance hacia el socialismo y el comunismo menos rápido de lo que hasta entonces se había juzgado posible, pero con todo impresionante en ese sentido. La industria había sido íntegramente nacionalizada; y, si la producción industrial seguía cayendo, Bujarin podía escribir con complacencia que «la desintegración revolucionaria de la industria» era «una etapa históricamente necesaria». La progresiva devaluación del rublo podía ser descrita como un golpe asestado a los capitalistas burgueses, y como un preludio de la futura sociedad comunista sin dinero, en la que todo se compartiría según las necesidades. Se sostenía que el mercado ya había sido eliminado en buena medida como mecanismo de distribución. A los campesinos se les requisaban los excedentes de grano, y los principales alimentos estaban racionados en principio para la población urbana. La industria se ocupaba principalmente de pedidos del gobierno. La mano de obra se organizaba y asignaba en respuesta a las necesidades sociales y militares, no a los dictados del mercado. Tras la guerra civil, esta imagen utópica chocó con las realidades de una situación económica desesperada de forma demasiado obvia para poder ser defendida seriamente. Pero en el partido muchas conciencias se vieron perturbadas por su abandono, y las divergencias sobre el carácter del comunismo de guerra se repetirían bajo la forma de divergencias sobre el carácter y permanencia de la NEP.